


DE LA AUTORA DE *you*

ESTELLE MASKAME



CRUSH

**CUANDO
TE PERDÍ**

CROSS
BOOKS

2

ESTELLE MASKAME

CRUSH

CUANDO

TE PERDÍ

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2022
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Trusting Blake*
© del texto: Estelle Maskame, 2021
Publicado originalmente por Ink Road, en 2021. INK ROAD es un sello y
marca de Black & White Publishing Ltd.
Publicado mediante acuerdo con VicLit Agency
© de la traducción, María Cárcamo, 2022
© Editorial Planeta S. A., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: octubre de 2022
ISBN: 978-84-08-26052-3
Depósito legal: B. 14.127-2022
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como
papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorpo-
ración a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o
por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por
grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.
La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de
delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código
Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si nece-
sita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar
con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el
91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1

No hay en el mundo adrenalina suficiente para que mis piernas lleguen mucho más lejos. Ni rabia que llene mis pulmones de aire. Ni dolor que alimente mi cuerpo para dar un paso más.

El hormigón bajo mis pies se extiende delante de mí, pero las calles se ven borrosas por culpa de las lágrimas, los coches no son más que manchas de colores, y la falta de nitidez hace que parezca que tengo un millón y una agujas taladrándome la cabeza.

Jadeando, me desplomo contra el buzón más cercano. Me arde la garganta cuando intento aspirar una bocanada de aire, pero el pecho me palpita con tanta fuerza que me resulta casi imposible. El sudor se me derrama por la cara y el cuello mientras el sol brilla implacable desde el cielo.

No sé cuánto he corrido. Ni siquiera sé si he ido en la dirección correcta.

Me tiemblan las rodillas y me hundo contra la acera abrasadora. No sé en qué parte de Fairview estoy, y desde luego no sé a cuánto está de aquí el rancho de los Harding. Pero, aunque lo supiera, ya he agotado mi capacidad cardiovascular. Debo tener las pulsaciones en un máximo histórico ahora mismo: a una sola de que me explote el corazón.

Llorando y jadeando, saco el teléfono del bolsillo. Tengo la pantalla llena de notificaciones, pero las elimino y me voy directa a la lista de contactos, parpadeando rápido y acercándome el teléfono mientras intento encontrar el nombre de Sheri. Llamo al número y me coloco el teléfono en la oreja. Me llevo la otra mano a la cara en un intento de esconderme del mundo. Soy consciente de que estoy en una calle residencial, y no creo que estas personas estén muy acostumbradas a ver adolescentes desplomadas ante sus buzones. Ahora mismo estoy demasiado afectada como para procesar cualquier sentido del ridículo.

—Mila —Sheri responde al teléfono.

—¿Lo sabes? —digo bruscamente, agarrando el móvil con más fuerza—. ¿Has visto los titulares?

Sheri no responde. Se queda en silencio un instante y, si no fuera por su respiración agitada, casi diría que ha colgado. Por fin, en voz baja, pregunta:

—¿Dónde estás?

No hay sorpresa ni confusión en su tono. Nada de: «¿Qué titulares?», así que ya tengo respuesta a mi pregunta: Sheri ha visto las noticias.

—No... no lo sé. —Resoplo mientras miro a mi alrededor una vez más, con la esperanza de ver con más claridad, pero me escuecen demasiado los ojos como para hacer algo más que pestañear—. ¿Puedes venir a buscarme, por favor?

—Claro, Mila. Envíame tu ubicación. Estoy cogiendo las llaves de la furgoneta en este preciso instante, ¿vale? —dice Sheri. Oigo el sonido metálico de las llaves y el ruido de una puerta cerrándose—. Enseguida estoy allí. Ya voy.

Corto rápidamente la llamada y le envío a Sheri mi ubicación actual, rezando para que conduzca a toda velocidad. No quiero estar sola, pero tampoco quiero estar con nadie que no sea mi familia, que entienda la gravedad de la situación. Básicamente, quiero estar con mi madre.

«Ay, mamá...»

Cierro los ojos e intento imaginarme la situación en casa, en Thousand Oaks. ¿Se ha enterado mamá de la verdad al mismo tiempo que el resto del mundo? ¿El matrimonio de mis padres se está desintegrando en nuestra casa mientras Ruben urde un plan de emergencia para convertir la historia en algo menos incriminatorio?

¿Es de verdad real esta historia?

Respiro hondo lentamente y pienso.

La prensa rosa no hace otra cosa que convertir fotos y vídeos inocentes en algo que no son. De ahí consiguen las visitas y los ingresos: de grandes historias impactantes que crean oleadas de escándalo e indignación. Esa foto... la de papá y Laurel Peyton besándose en un restaurante... no puede ser real. Debe de tratarse de un error, un malentendido. Papá no le haría daño a mamá de esta forma. No me haría daño a mí.

Pero ya le hizo daño a LeAnne Avery en su momento y, como dijo ella...

«Infiel una vez, infiel para siempre.»

Voy a vomitar.

Y ojalá esta vez fuera por haberme pasado bebiendo champán del caro y no por el dolor que me produce todo lo que sé de mi padre.

—¿Estás bien, bonita? —grita una voz preocupada desde el otro lado de la calle.

La distracción suprime la bilis que me sube por la garganta, y mi mirada húmeda ubica el sonido: una señora mayor me está mirando desde su jardín con cara de preocupación.

—¡No! —grito—. ¡Mi padre es un mentiroso! ¡Everett Harding es un fraude!

No estoy pensando con claridad. No puedo pensar con claridad.

¿Puede dejar de vibrar mi teléfono un puñetero segundo?

—¿Eres la hija de Everett Harding? —pregunta la mujer. A pesar de mi falta de claridad mental, sé que no debería expresar mis emociones de esa forma.

—No —miento, como si estuviera completamente loca. Luego me pongo de pie a duras penas, me seco las lágrimas de las mejillas y sigo caminando por la calle hasta desaparecer de su vista.

A ver. «Respira hondo. Relájate. Aclara tus pensamientos.»

En Hollywood, una aventura entre dos celebridades importantes es algo muy gordo. Lo he visto muchas veces. Es una noticia que atrae la atención de toda la prensa del entretenimiento. Las carreras de papá y de Laurel Peyton se van a hacer añicos, y todas las personas de su alrededor se verán involucradas en el drama. Incluidas mamá y yo.

A pesar de mi furia y mi corazón roto, no puedo empeorar las cosas.

No puedo decir nada. A nadie. No puedo hablar de mis sentimientos con nadie que no forme parte de mi familia. Y, por supuesto, no debería gritar mierdas de papá a desconocidos en su pueblo.

Lo único que puedo hacer ahora mismo es volver al rancho, hacer la maleta y comprar un billete del primer vuelo que salga a Los Ángeles. No hay tiempo para despedidas, ni para Savannah y Tori, ni para Blake. Tengo que irme a casa, porque se trata de un secreto familiar que no se puede saber.

Cinco minutos más tarde, cuando la furgoneta de Sheri patina hasta pararse por completo, empiezo a sollozar.

—Ay, Mila... —susurra Sheri mientras abro la puerta y subo al asiento del copiloto de la furgoneta.

Sheri parece más mayor, en cierto modo. Tiene arrugas de frustración alrededor de los ojos, la piel pálida, su mirada

desprende decepción y desconsuelo. Aun así, está mil veces más entera que yo.

—¿Cómo ha podido hacer algo así? —digo con la voz áspera, mirando embobada hacia el parabrisas—. Otra vez.

—No... no lo entiendo —dice Sheri con un gran suspiro—. Lo siento mucho, Mila. No sé qué decir.

Yo tampoco sé qué decir.

Volvemos en silencio al rancho. No hemos puesto ni la radio, y el ardiente rayo de sol que me da en la cara... me irrita. Mi cabeza parece estar llena de nubes negras y truenos ensordecedores.

La lujosa puerta de seguridad y los muros de la Finca Harding aparecen como una fortaleza en la distancia, a medida que nos acercamos por el serpenteante camino. Y, cuanto más cerca estamos, más profundas son las grietas de mi corazón.

Odio esta vida.

Odio Hollywood. Odio a la prensa y a los *paparazzi*. Odio a las productoras, a los fans, a los guardias de seguridad. Odio al equipo de representantes de papá, sobre todo al puto Ruben Fisher; y odio las miles de reglas sin sentido que me obligan a seguir. Odio la sensación de que el mundo me está observando.

Y odio estas estúpidas puertas de seguridad y todo lo que representan.

Pero, ahora mismo, a quien más odio es a papá.

Odio lo que le ha hecho a nuestra familia.

A mí, a mamá, a Popeye, a Sheri.

Sin darme cuenta de lo que hago, le doy un puñetazo al salpicadero de la furgoneta de Sheri. Y grito. Grito muy fuerte. Me duele la garganta, pero grito tan fuerte que estoy segura de que se me escucha a kilómetros, y golpeo de forma incontrolable las manos contra el coche, en un arrebatado de rabia.

—¡Mila! —grita Sheri pisando a fondo el freno. Me agarra por las muñecas y forcejea conmigo para que deje de mover los puños cerrados. Yo sacudo los brazos hasta que por fin admito la derrota y rompo a llorar.

—¡Lo odio! —grito entre sollozos.

—Ya lo sé. Ya lo sé —dice Sheri dulcemente, apretándose fuerte contra su pecho. Me acaricia el pelo con la barbilla apoyada sobre mi cabeza, y me abraza durante lo que para mí es una eternidad.

El tono de llamada de un teléfono es lo que hace que nos separemos.

No es el mío. Lo he apagado y no tengo ninguna intención de volver a encenderlo en un futuro próximo, pero Sheri saca el suyo de la guantera y frunce el ceño mientras mira la pantalla.

—Es tu madre —dice.

—¿Mi madre? —Le quito a Sheri el teléfono de las manos, acepto la llamada y me lo llevo a la oreja.

Durante una milésima de segundo, Sheri casi intenta recuperarlo, pero se da cuenta de que discutir conmigo en mi estado actual puede no ser lo mejor.

—Mamá, soy yo. Vuelvo a casa. —Suelto las palabras de golpe, como balas.

—Mila... —Mamá respira hondo al otro lado de la línea. Tiene la voz rota, como si hubiera derramado un millón de lágrimas más que yo—. No vas a volver a casa.

—¡Sí!

—No lo harás —dice con firmeza. Luego, con un resoplo, añade—: Voy a ir yo para allá.

—¿Cómo?

—Mañana estaré contigo. Te lo prometo. Mila, por favor, tengo que hablar con Sheri.

¿Mamá va a venir a Fairview? Tiene sentido, supongo. Probablemente estar en Los Ángeles con papá sea lo último que

quiere ahora mismo. Cuanto más lejos estemos las dos del caos, mejor.

—¿Mamá? —susurro.

—Dime.

—¿Estás bien?

Se queda en silencio durante un momento, y finalmente contesta:

—¿Y tú?

Eso responde a mi pregunta.

Me muerdo con fuerza el labio y me seco las lágrimas de la cara empapada mientras escucho su respiración.

—Quédate en el rancho. No salgas, no hables con nadie y, por favor, no entres en internet y evita ver la televisión —me ordena. A continuación, se le rompe la voz cuando me dice—: Lo siento mucho, Mila. Te quiero. Los dos te queremos.

No estoy tan segura.

Le paso el teléfono a Sheri y salgo de la furgoneta. Tengo la puerta justo delante y arrastro los pies hasta el imponente muro de piedra, abriendo la puerta con el mando a distancia que ya me he acostumbrado a llevar siempre conmigo. Mientras voy subiendo por el camino de tierra, veo a Popeye dando tumbos con un hacha sobre el hombro.

Es posible que mi abuelo se esté haciendo viejo, y puede que esté enfermo, pero eso no le impide encontrar la forma de liberar su rabia. Lo observo mientras, con torpeza, va tirando los troncos cortados a una pila cada vez más grande. Furioso, golpea con el hacha los troncos una y otra vez, y sale tambaleándose de debajo del árbol hasta el sol abrasador, se estira sobre el césped y se tapa la cara con las manos.

Popeye no estaba demasiado contento con las decisiones que había tomado papá durante su vida, incluso antes de todo esto.

Al verlo, se me vuelve a romper el corazón, pero tengo

que darle la espalda y entrar en la casa sin que me vea. Tengo que lidiar con mi propio sufrimiento y, si no me voy a mi habitación y tengo un poco de privacidad, me preocupa no solo destrozar la furgoneta de Sheri, sino la casa entera.

En la seguridad de mi habitación, cierro la puerta de un portazo y arrojó el teléfono contra el suelo. Ni siquiera me molesto en comprobar si se ha roto la pantalla. Bajo las persianas, me meto completamente vestida en la cama y me refugio bajo el edredón.